

BAUTISMO DE JESÚS

Quién es este hombre.

TEXTOS

DE LA PROFECÍA DE ISAÍAS (42;1-7)

Esto dice el Señor:

Mirad a mi siervo, a quien sostengo, mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu para que traiga el derecho a las naciones,
No gritará, no clamará, no voceará por las calles.
La caña cascada, no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará.
Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará
hasta implantar el derecho en la tierra,
y sus leyes, que esperan las islas.
Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano,
te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones.
Para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la prisión,
y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas.

DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (10;34-38)

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: - Está claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envío su palabra a los israelitas, anunciando la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos.

Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea: Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él.

DEL EVANGELIO DE MATEO (3;13-17)

Fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: - Soy yo el que necesita que tú me bautices, ¿y tú vienes a mí?. Jesús le contestó: - Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere. Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: - Este es mi hijo, el amado, mi predilecto.

TEMAS Y CONTEXTOS

LA PROFECÍA DE ISAÍAS.

Estas lecturas pertenecen a los libros segundo y tercero de la profecía de Isaías, escritos probablemente por profetas anónimos que ejercieron su ministerio durante el destierro de Babilonia, entre los años 553 y 539 aC. En su obra, magnífica por su teología y su valor poético, aparece la misteriosa figura de "El Siervo de Yahvé". Los especialistas se dividen en múltiples explicaciones de quién ese personaje. En la tradición de la Iglesia se ha visto siempre a esta figura como anuncio de Jesús, "sobre el cual está el espíritu", que "no quebrará la caña cascada", que será "luz de las naciones"... Pero encontramos, especialmente en la segunda lectura, magníficos mensajes sobre Dios, sobre la gratitud de sus dones, sobre la providencia y la eficacia de la Palabra.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Pedro pronuncia estas palabras en Cesarea, en casa del centurión romano Cornelio. Pedro se ha dado cuenta de que Jesús no es para los judíos, sino para todo el mundo, y lo profesa así. Inmediatamente, hace una breve síntesis, intensa y perfecta: presenta a Jesús como "el ungido de Dios con la fuerza del Espíritu Santo", "que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él". El texto termina así:

" Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Le dieron muerte colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se apareciese , no a todo el pueblo sino a nosotros, los testigos designados de antemano por Dios, a nosotros que comimos y bebimos con él después de su resurrección. Nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. Todos los profetas dan este testimonio de él, que en su nombre reciben el perdón de los pecados todos los que creen en él."

Como vemos, es una síntesis magnífica de la fe de Pedro. Es una pena que los textos que leemos en la eucaristía estén tan mutilados, por querer hacerlos breves, que pierden buena parte de su sentido.

LA CARTA DE JUAN es un acto de fe en Jesús y una explicitación de que la prueba de la fe es el amor. El fragmento se trae a este domingo por su segunda parte, donde se menciona el agua y el espíritu, aunque no está tan claro que la aplicación sea completamente correcta.

EL EVANGELIO DE MATEO.

En el comentario de la Epifanía veíamos el esquema del evangelio de la infancia de Mateo y comprobábamos claramente la intención del evangelista. Este esquema muestra con bastante claridad la intención de Mateo: se presenta Jesús, el Esperado, de la estirpe de David (genealogía) nacido "del Espíritu Santo" (concepción virginal, sueños de José), enviado como luz para las naciones (los magos), en quien se cumplen las promesas (Egipto, Nazaret). Ahora, terminada esa presentación de Jesús, comienza la narración de su "vida pública", pero precedida también de una presentación: Jesús, el

hombre lleno del Espíritu, al que el Espíritu arrastra a la misión, al anuncio de la Buena Noticia. Estamos por tanto ante "la presentación de Jesús". Jesús, el hijo amado, el predilecto, aquél en quien reside el Espíritu del Padre.

Mateo nos ofrece aquí un ejemplo perfecto del "genero literario evangelio". Cuenta lo que sucedió y vieron los ojos (Jesús en el Jordán bautizado por Juan) y lo que sucedió aunque los ojos no lo vieron (Jesús lleno del Espíritu), empleando para ello símbolos, tomados del Antiguo Testamento (los cielos abiertos, la luz, la voz ...) Mateo no nos cuenta sólo que un nazareno fue bautizado por Juan sino también nos dice quién es ese nazareno. Lo primero lo vieron los ojos del cuerpo; lo segundo lo vieron los ojos de la fe.

REFLEXIÓN

El relato del bautismo en el Jordán muestra ante todo que los evangelios son fiables. Poner a Jesús como discípulo del Bautista, en la fila de los pecadores que van a recibir un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados, no era nada oportuno para presentar a Jesús; aparte de los aspectos puramente teológicos (¿Jesús pecador?), esta presentación parecía dar razón a los que pensaban que el Bautista era el Mesías, puesta que Jesús se sometía a su bautismo. Pero este es el acontecimiento del que parte el testimonio de los que, por eso mismo, se llamarán "los testigos", los que estuvieron con él desde el bautismo en el Jordán. Y los evangelistas no escamotean la escena, aunque necesitan explicar en esa misma escena quién es ese Jesús que se bautiza.

En otro orden de ideas, es tendencia habitual en algunos comentaristas actuales considerar el bautismo de Jesús como el momento en que toma conciencia de quién es y de su misión. Nos encantaría poder comprender la psicología de Jesús, lo que le pasaba "por dentro", cuál era su conciencia y cuándo la adquirió. Estas interpretaciones se oponen frontalmente a aquellas que consideran que Jesús es plenamente consciente ya en el seno de su madre, que muestran una dudosa fe en la humanidad de Jesús y se acercan peligrosamente a la mentalidad de los apócrifos de la infancia. Entender que es en el Jordán, oyendo la predicación del Bautista, cuando Jesús adquiere su plena conciencia de Hijo de Dios y, en consecuencia, cuando se siente llamado definitivamente a su misión, es algo que satisface a nuestra mentalidad actual. Sin embargo, no podemos hacer que los evangelios digan lo que no quisieron decir. No es éste el mensaje. El evangelista nos dice quién es Jesús, no cuándo ni cómo adquirió la conciencia de serlo. Y aunque nos gustaría, y quizá sucedió así, no podemos atribuir este mensaje a Mateo, ni a ninguno de los evangelistas.

El mensaje es, por otra parte, claro y fundamental: Jesús es el Hijo, el predilecto, el hombre lleno del Espíritu. Es el final del mensaje de estas fiestas de Navidad, el resumen de lo que hemos celebrado estos días. Jesús, obra del Espíritu. Esto significa la concepción virginal: que la aparición de Jesús no es solamente una anomalía biológica sino una acción especialísima de Dios. Éste es el significado profundo de todos los evangelios de la infancia: Jesús es el cumplimiento de la Promesa, la perfecta realización de la Alianza. Y éste es la piedra angular de nuestra fe: creemos

en ese hombre, creemos que en Él se muestra el Espíritu, que sus acciones y sus palabras son acciones y palabras del Espíritu.

Esto es motivo de fe, no de simple evidencia. Es bueno reflexionar sobre el itinerario de la fe de los testigos, de aquellas personas que, como se dice en los Hechos "anduvieron con nosotros desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado..."(Hechos 1,21). Anduvieron con él, le admiraron, le siguieron incondicionalmente ... pero fue el Domingo de Resurrección cuando nació la fe, es decir, cuando saltaron de la admiración por un hombre fascinante, al reconocimiento de "el hombre lleno del Espíritu", el hombre en el que podían ver y palpar la presencia del Espíritu.

Significativamente, la fe de los testigos no tiene ninguna tentación de entender la humanidad de Jesús como puro disfraz o apariencia. Han convivido con él tiempo y situaciones más que suficientes para no sentir semejante tentación. Su tentación es la contraria: especialmente después de verle morir en la cruz, aparentemente vencido por sus enemigos, tienden a pensar que era simplemente un hombre, admirable, pero nada más. La gracia de la Resurrección consiste en hacerles descubrir en ese hombre precisamente lo que Mateo está proclamando ahora, en el principio de la vida pública: ese hombre es el hijo, el predilecto. Ésta es la invitación que se nos hace: reconocer en ese hombre al hijo, al predilecto. Y este reconocimiento se hará a través del conocimiento de su humanidad, e incluso a pesar de su evidente humanidad, como nos sucede al verle sentir terror en Getsemaní o morir en la cruz. Pero esa es nuestra fe: reconocerle como el hijo. Pablo completará el mensaje llamándole "el primogénito", extendiendo a todos la condición de hijos y herederos, condición inaugurada por Jesús, el Primero de los que se atreven a llamar a Dios "Abbá". Los profetas tienen conciencia de enviados, Jesús tiene conciencia de Hijo. El antiguo Israel tenía conciencia de "pueblo elegido", nosotros, gracias a Jesús, tenemos conciencia de hijos.

PARA NUESTRA ORACIÓN

Cerramos el tiempo de Navidad con la invitación a revisar la esencia de nuestra fe de cristianos. Hemos recibido importantes mensajes. La Palabra ha puesto su tienda entre nosotros, hemos contemplado cómo es la obra de Dios, hemos entendido a Dios como Salvador, se nos ha invitado a la condición de Hijos, sabemos que es en Jesús donde podemos conocer a Dios y donde podemos contrastar nuestros criterios y nuestros valores. Este tiempo de Navidad resume todos los elementos de los evangelios de la infancia y del Prólogo del cuarto evangelio. En adelante, los otros tiempos, el de Pascua y el Tiempo Ordinario, completarán el mensaje. Y a lo largo del año se nos mostrará completo, entenderemos mejor el amor de Dios contemplando la muerte de Jesús, crearemos mejor en él viéndolo resucitado, y podremos ver la obra del Espíritu en sus acciones, sus curaciones, sus parábolas. Así, el año litúrgico se convierte en una larga meditación en la que, domingo a domingo, se nos va ofreciendo la Palabra, recibimos la Buena Noticia.

Pero los cimientos están sólidamente plantados. Todo lo que siga se entenderá bien desde esta fe proclamada en Navidad: Jesús, ese carpintero de Nazaret, Dios-con-nosotros-salvador. Creer en él es nuestro desafío, lo que nos constituye en seguidores

suyos, lo que nos define como cristianos. Porque siempre nos acecha un peligro: saber y no actuar. El evangelio de hoy da respuesta a la gran pregunta: ¿quién es este hombre? Pero hay otra pregunta más importante: ¿Quién es Jesús para mí? Creer en Él no basta; hay que creerle a Él. Le conocemos para poder seguirle. Sin ello, el conocimiento será estéril.

ORACIÓN

Te damos gracias, Padre santo
por Jesús, tu Hijo querido,
por quien te hemos conocido,
por quien sabemos vivir,
por quien mantenemos la esperanza,
por quien podemos vivir como hermanos.
Te damos gracias porque hace muchos años
que le conocemos, le queremos, le seguimos.
Te damos gracias porque sin Él
nuestra vida no sería lo que es.
Te damos gracias porque es para nosotros
luz para el camino,
alimento para el trabajo,
esperanza para el futuro.
Te damos gracias porque la fuerza de tu Espíritu
le hizo Pastor, Semilla, Agua, Fuego, Pan,
Te damos gracias porque la fuerza de tu Espíritu
le hizo pobre, humilde, valeroso, compasivo.
Te damos gracias porque gracias a Él
nuestra vida de tierra se transforma
y nos hacemos Hijos,
trabajamos en tu Reino,
y sabemos esperar y perdonar.
Te damos gracias, Padre,
por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor.
Amén.

COMO COMPLEMENTO, QUIZÁ TENGA UTILIDAD UN ARTICULILLO publicadoi EN "EL MENSAJERO".

14 de Enero – BAUTISMO DE JESÚS.

Ya se nos han pasado las fiestas de Navidad, ya se apagaron las lucecitas de las calles, ya puede descansar nuestro estómago, ya están los regalos guardados y casi olvidados, los niños al cole, la normalidad.

Y el ciclo litúrgico da un salto. Hace ocho días contemplábamos la adoración de los Magos. Jesús era aún un niño pequeñito, en brazos de su madre. Este domingo nos lo encontramos hecho un hombre, como de treinta años, a la orilla del Jordán. Nadie sabe qué pasó en esos treinta años. Solamente Lucas nos da el apunte de una visita al templo (un tanto agitada por otra parte). Y nadie lo puede saber. Si se encuentra usted con alguien que dice o escribe que sí lo sabe, pregúntele de dónde se lo saca, porque en ninguna parte aparece nada de estos años, y no vale inventárselo.

Esta escena del Bautismo de Jesús en el Jordán nos viene muy bien para aprender a leer mejor los evangelios. Imagínese a las personas que escribieron este relato, imagínenlos en varios momentos de su vida.

Escena primera: junto al Jordán, año 28 dC. Nuestro personaje (vamos a llamarle Andrés) está en la orilla, a la sombra de un palmeral, contemplando a Juan, el Bautista. Juan, vestido con su piel de camello, está en el río, metido hasta las rodillas. Una fila de gente espera a ser bautizada. Van pasando delante del Bautista, confiesan ser pecadores, y Juan los sumerge en el agua y los saca después. Y van pasando, uno y otro y otro ... Entre los de la fila hay un buen grupo de galileos. Se les nota en su aspecto un poco aldeano, y, cuando hablan, en su acento inconfundible. De todas clases: labradores un poco encorvados tostados por el sol, un tipo alto de unos treinta años, con pinta de obrero de la construcción, algún soldado, un publicano ... un poco de todo. El obrero de la construcción está muy ensimismado, cuando sale del agua se queda concentrado, como metido en la oración. Luego se aleja del río hacia el desierto. Andrés acaba aburriéndose de la escena y se marcha.

Escena segunda: en algún lugar cercano a Jerusalén, año 41 dC, en la sala grande del piso superior en una casa bastante espaciosa. Un grupo está sentado alrededor de una mesa baja. En la mesa no hay más que pan y vino. Andrés, un poco canoso ya, está hablando:

- De todas estas cosas, nosotros somos testigos; nosotros, los que estuvimos con él desde el bautismo en el Jordán. Entonces no le conocíamos. Más tarde le tratamos a fondo, nos invitó a que le siguiéramos, nos fue entusiasmando. Cuando murió en la cruz tuvimos un trauma terrible: no podíamos imaginar que fracasara de una manera tan terrible. Más tarde aún, llegamos a creer en él. Y ésta es la fe que os comunicamos: que Dios estaba con él, que fue un hombre "lleno del Espíritu", que es el que esperábamos, "la Palabra del Padre".

Un jovencillo, (vamos a llamarle Mateo, aunque también podría ser Cleofás o Rufo...) escucha muy atento. Parece un chico culto, hasta podría ser un estudiante de escriba. Saca de vez en cuando una tablilla de cera y anota en ella rápidamente algunas cosas.

Cuando Andrés termina de hablar, todos recitan y cantan oraciones y luego comen del pan y beben de la copa ,y dan gracias a Dios.

Escena tercera: en Pella, Transjordania (¿o es quizás Antioquía?) Estamos en el año 70, en invierno, y las tropas romanas han puesto cerco a Jerusalén. Un escriba ya entrado en años (no sabemos cómo se llama, si Leví o Joachim o Mateo quizá, en fin que no lo sabemos) ejerce su oficio, está escribiendo, en finas hojas de papiro cuidadosamente preparadas. Escribe:

Comienza la Buena Noticia de Jesucristo el Hijo de Dios: Conforme a lo que escribió el Profeta Isaías '*yo envió mi mensajero delante de ti para prepararte el camino*', apareció Juan Bautista en el desierto... Por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan.

El escriba se ha detenido, con el cálamo en la mano derecha, ha levantado la cabeza y se acaricia la barba con la izquierda. Está presentando a Jesús, el Hijo de Dios, y no quiere que parezca inferior a Juan, ni que se le considere un pecador más. Quiere dejar claro desde el principio quién es, no quiere que sus lectores se queden con la mera noticia de un suceso, sino presentarles a Jesús, en quien el escriba cree. Y sigue escribiendo:

Cuando salió del agua, Jesús vio que los cielos se rasgaban, que el Espíritu, como una paloma, bajaba a él, y oyó una voz que decía: "Tú eres mi hijo querido".

Cuando, el domingo siguiente, el escriba leyó a la comunidad, mientras celebraban la Cena del Señor, lo que había escrito, les gustó mucho a todos. Había allí un anciano que se llamaba Andrés, y todos le tenían gran respeto porque había sido de los íntimos de Jesús. Se volvieron a él para ver qué le parecía. Andrés estaba sonriendo. Miró al escriba:

- Muy bien, muy bien, has escrito estupendamente lo que vieron mis ojos, y además, lo que creemos de Jesús. ¡Y con símbolos preciosos! Los cielos rasgados y la voz, como en el Sinaí... Y lo de la paloma representando al Espíritu ... ¿de dónde has sacado esa imagen tan bella?.

Y el escriba sonrió también, satisfecho de la aprobación de Andrés, el Testigo, y decidido a seguir por ese camino, hasta contar muchos hechos y dichos de Jesús, recogidos de las palabras de los testigos, para expresar así su propia fe y la de todos aquellos que también habían creído que "Dios estaba con Él".